

RITA.

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿me entiende usted?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, bien.

RITA.

Pues entonces no hay más que salir con cualquiera excusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus conuados, y del obispo que murió en el mar... Además, que si está allí don Diego...

DOÑA FRANCISCA.

Bien, anda; y así que llegue...

RITA.

Al instante.

DOÑA FRANCISCA.

Que no se te olvide toser.

RITA.

No haya miedo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Si vieras qué consolada estoy!

RITA.

Sin que usted lo jure, lo creo.

DOÑA FRANCISCA.

¿Te acuerdas cuando me decía que era imposible apartarme de su memoria, que no habría peligros que le detuvieran ni dificultades que no atropellára por mí?

RITA.

Sí; bien me acuerdo.

DOÑA FRANCISCA.

¡Ah!... Pues mira cómo me dijo la verdad.

*(Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene; Rita por la puerta del foro.)*

## ACTO SEGUNDO.

### ESCENA PRIMERA.

*(Teatro oscuro.)*

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aún... *(Acércase á la puerta del foro, y vuelve.)* ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que sólo pienso en jugar y reir, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años, y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

### ESCENA II.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Sola y á oscuras me habeis dejado allí.

DOÑA FRANCISCA.

Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho más fresco.

DOÑA IRENE.

Pero aquella muchacha, ¿qué hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo que tengo un genio como una pólvora... (*Siéntase.*) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego no ha venido?

DOÑA FRANCISCA.

Me parece que no.

DOÑA IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razón...

DOÑA FRANCISCA.

Bien; sí, señora, ya lo sé. No me riña usted más.

DOÑA IRENE.

No es esto reñirte, hija mía; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coliquintida y asafétida... Mira que un casamiento como

el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tías, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia... ¿Qué dices?

DOÑA FRANCISCA.

Yo nada, mamá.

DOÑA IRENE.

Pues, nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!... En hablándote de esto, no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

RITA. (*Sale por la puerta del foro con luces, y las pone encima de la mesa.*) DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Vaya, mujer, yo pensé que en toda la noche no venías.

RITA.

Señora, he tardado, porque han tenido que ir á comprar las velas. ¡Como el tufo del velon la hace á usted tanto daño!...

DOÑA IRENE.

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor, al cabo tuve que quitármelos; ¡si no me sirvieron de nada! Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí, y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA.  
Muy bien. *(Toma una luz, y hace que se va.)*  
DOÑA FRANCISCA. *(Aparte á Rita.)*  
¿No ha venido?

RITA.  
Vendrá.  
DOÑA IRENE.

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa dásela al mozo de la posada, para que la lleve al instante al correo... *(Vase Rita al cuarto de doña Irene.)* Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

DOÑA FRANCISCA.  
Como las monjas me hicieron merendar..  
DOÑA IRENE.

Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... *(Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, según lo indica el diálogo.)* Mira, has de calentar el caldo que apartamos al mediodía, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luégo que estén.

RITA.  
¿Y nada más?  
DOÑA IRENE.  
No, nada más... ¡Ah! y házmolas bien caldositas.

RITA.  
Sí, ya lo sé.  
DOÑA IRENE.  
¡Rita!

RITA.  
Otra. ¿Qué manda usted?  
DOÑA IRENE.

Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante... Pero no, señor, mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir á Simon que digo yo que me haga el gusto de echarla en el correo; ¿lo entiendes?

RITA.  
Sí, señora.  
DOÑA IRENE.

¡Ah! mira.  
RITA.  
Otra.  
DOÑA IRENE.

Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luégo me saques de ahí al tordo, y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... *(Vase Rita por la puerta del foro.)* ¡Qué noche tan mala me dió!... ¡Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios rezando el Gloria Patri y la oracion del Santo Sudario... Ello, por otra parte, edificaba, cierto... pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.  
Pues mucho será que don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí, y eso le detenga. Cierito que es un señor muy mirado,

muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡tan atento! ¡tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!... Ya se ve, un sujeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡qué batería de cocina, y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora, bien lo oigo; pero no la queria interrumpir á usted.

DOÑA IRENE.

Allí estarás, hija mia, como el pez en el agua: pajaritas del aire que apetećieras las tendrías, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me cansa de véras el que siempre que te hablo de esto hayas dado en la flor de no responderme palabra... ¡Pues no es cosa particular, señor!

DOÑA FRANCISCA.

Mamá, no se enfade usted.

DOÑA IRENE.

¡No es buen empeño de... ¡Y te parece á tí que no sé yo muy bien de dónde viene todo eso?... ¡No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... ¡Perdóneme Dios!

DOÑA FRANCISCA.

Pero... Pues ¿qué sabe usted?

DOÑA IRENE.

¿Me quieres engañar á mí, eh? ¡Ay, hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion para que tú me engañes.

DOÑA FRANCISCA, *aparte*.

¡Perdida soy!

DOÑA IRENE.

Sin contar con su madre... como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pié y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí. ¡Mire usted qué juicio de niña éste! Que porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja tambien... Ni qué entiende ella de eso, ni qué... En todos los estados se sirve á Dios, Frasquita; pero el complacer á su madre, asistirla, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, ésa es la primera obligacion de una hija obediente... Y sépalo usted, si no lo sabe.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

DOÑA IRENE.

Sí, que no sé yo...

DOÑA FRANCISCA.

No, señora, créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

DOÑA IRENE.

Mira si es cierto lo que dices.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora, que yo no sé mentir.

DOÑA IRENE.

Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde... Cuidado con ello.

DOÑA FRANCISCA, *aparte*.

¡Pobre de mí!

ESCENA V.

DON DIEGO (*sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y bastón*), DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Pues ¿cómo tan tarde?

DON DIEGO.

Apénas salí tropecé con el rector de Málaga y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar... (*Siéntase junto á doña Irene.*) Y á todo esto, ¿cómo va?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

DON DIEGO.

¿Y doña Paquita?

DOÑA IRENE.

Doña Paquita siempre acordándose de sus

monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisieto y pensar sólo en dar gusto á su madre y obedecerla.

DON DIEGO.

¡Qué diantre! ¿Con que tanto se acuerda de...

DOÑA IRENE.

¿Que se admira usted? Son niñas... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen... En una edad, así tan...

DON DIEGO.

No, poco á poco, eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo más enérgicas y decisivas que en la nuestra, y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los impetus del corazon son mucho más violentos... (*Asiendo de una mano á doña Francisca, la hace sentar inmediata á él.*) Pero de véras, doña Paquita, ¿se volveria usted al convento de buena gana?... La verdad.

DOÑA IRENE.

Pero si ella no...

DON DIEGO.

Déjela usted, señora, que ella responderá.

DOÑA FRANCISCA.

Bien sabe usted lo que acabo de decirla... No permita Dios que yo la dé que sentir.

DON DIEGO.

Pero eso lo dice usted tan afligida y...

DOÑA IRENE.

Si es natural, señor. No ve usted que...

DON DIEGO.

Calle usted, por Dios, doña Irene, y no me diga usted á mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva á decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mia, que estábamos lucidos.

DOÑA FRANCISCA.

No, señor, lo que dice su merced, eso digo yo; lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

DON DIEGO.

¡Mandar, hija mia!... En estas materias tan delicadas los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron?... Pues ¿cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?... ¿Cuántas veces una desdichada mujer halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre ó su tío se empeñaron en regalar á Dios lo que Dios no queria? ¡Eh! No, señor, eso no va bien... Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creído imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase á quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto

se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo no he ido á buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad... Decente; que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud... Pero ¿cuál sería entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante más apetecible que yo? ¡Y en Madrid! ¡figúrese usted en un Madrid!... Lleno de estas ideas me pareció que tal vez hallaría en usted todo cuanto yo deseaba.

DOÑA IBENE.

Y puede usted creer, señor don Diego, que...

DON DIEGO.

Voy á acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero si á pesar de todo esto la imaginación acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sujeto más digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo; mi corazon y mi lengua no se contradicen jamas. Esto mismo la pido á usted, Paquita, sinceridad. El cariño que á usted la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algun otro

cuidadillo en su corazón, créame usted, la menor disimulación en esto nos daría á todos muchísimo que sentir.

DOÑA IRENE.

¿Puedo hablar ya, señor?

DON DIEGO.

Ella, ella debe hablar, y sin apuntador y sin intérprete.

DOÑA IRENE.

Cuando yo se lo mande.

DON DIEGO.

Pues ya puede usted mandárselo, porque á ella le toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

DOÑA IRENE.

Yo creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos días há, cuando le dí parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envía memorias con el ordinario.

DON DIEGO.

Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

DOÑA IRENE.

Sí, señor, que tiene que ver, sí, señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni

un padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningún catedrático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada, con un empleillo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia y escribe que da gusto... Cuasi toda la carta venía en latín, no le parezca á usted, y muy buenos consejos que me daba en ella... Que no es posible sino que adivinase le que nos está sucediendo.

DON DIEGO.

Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que á usted le deba disgustar.

DOÑA IRENE.

Pues ¿no quiere usted que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos que... ¡Ella otros amores ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera... ¡Válgame Dios!... la mataba á golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables, y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenías doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa mujer. Diselo para que se tranquilice, y...

DON DIEGO.

Yo, señora, estoy más tranquilo que usted.

DOÑA IRENE.

Respóndele.

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé qué decir. Si ustedes se enfadan.

DON DIEGO.

No, hija mía: esto es dar alguna expresión á lo que se dice, pero ¡enfadarnos! no por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

DOÑA IRENE.

Sí, señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida á los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

DON DIEGO.

No se hable de agradecimiento: cuanto yo puedo hacer, todo es poco... Quiero sólo que doña Paquita esté contenta.

DOÑA IRENE.

¿Pues no ha de estarlo? Responde.

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señor, que lo estoy.

DON DIEGO.

Y que la mudanza de estado que se la proviene no la cueste el menor sentimiento.

DOÑA IRENE.

No, señor, todo al contrario... Boda más á gusto de todos no se pudiera imaginar.

DON DIEGO.

En esa inteligencia puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse despues. En nuestra compañía vivirá querida y adorada; y espero que á fuerza de beneficios he de merecer su estimacion y su amistad.

DOÑA FRANCISCA.

Gracias, señor don Diego... ¡A una huérfana, pobre, desvalida como yo!...

DON DIEGO.

Peró de prendas tan estimables, que la hacen á usted digna todavía de mayor fortuna.

DOÑA IRENE.

Vén aquí, vén... Vén aquí Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

¡Mamá!

*(Levantase doña Francisca, abraza á su madre, y se acarician mutuamente.)*

DOÑA IRENE.

¿Ves lo que te quiero?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora.

DOÑA IRENE.

¿Y cuánto procuro tu bien, que no tengo otro pío sino el de verte colocada ántes que yo falte?

DOÑA FRANCISCA.

Bien lo conozco.

DOÑA IRENE.

¡Hija de mi vida! ¿Has de ser buena?

DOÑA FRANCISCA.

Sí, señora.

DOÑA IRENE.

¡Ay, que no sabes tú lo que te quiere tu madre!

DOÑA FRANCISCA.

Pues qué, ¿no la quiero yo á usted?



DON DIEGO.

Vamos, vamos de aquí. (*Levantándose don Diego, y despues doña Irene.*) No venga alguno, y nos halle á los tres llorando como tres chiquillos.

DOÑA IRENE.

Sí, dice usted bien.

(*Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detras; y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.*)

ESCENA VI.

RITA, DOÑA FRANCISCA.

RITA.

Señorita... ¡Eh: chist... señorita...

DOÑA FRANCISCA.

¿Qué quieres?

RITA.

Ya ha venido.

DOÑA FRANCISCA.

¿Cómo?

RITA.

Ahora mismo acaba de llegar. Le he dado un abrazo con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

DOÑA FRANCISCA.

¡Ay, Dios! ¿Y qué debo hacer?

RITA.

¡Donosa pregunta!... Vaya, lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto... y juicio. Y mire usted que

en el paraje en que estamos, la conversacion no puede ser muy larga... Ahí está.

DOÑA FRANCISCA.

Sí... Él es.

RITA.

Voy á cuidar de aquella gente... Valor, señorita, y resolucion. (*Se va al cuarto de doña Irene.*)

DOÑA FRANCISCA.

No, no, que yo tambien... Pero no lo merece.

ESCENA VII.

DON CÁRLOS *sale por la puerta del foro*,  
DOÑA FRANCISCA.

DON CÁRLOS.

¡Paquita!... ¡vida mia!... Ya estoy aquí. ¿Cómo va, hermosa, cómo va?

DOÑA FRANCISCA.

Bien venido.

DON CÁRLOS.

¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi llegada más alegría?

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... Sabe usted... Sí, bien lo sabe usted... Despues de escrita aquella carta, fueron por mí... Mañana á Madrid... Ahí está mi madre.

DON CÁRLOS.

¿En dónde?

DOÑA FRANCISCA.

Ahí, en ese cuarto.

(Señalando al cuarto de doña Irene.)

DON CÁRLOS.

¡Sola!

DOÑA FRANCISCA.

No, señor.

DON CÁRLOS.

Estará en compañía del prometido esposo. (Se acerca al cuarto de doña Irene, se detiene y vuelve.) Mejor... Pero ¿no hay nadie más con ella?

DOÑA FRANCISCA.

Nadie más, solos están... ¿Qué piensa usted hacer?

DON CÁRLOS.

Si me dejase llevar de mi pasión y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... Él también será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien á una mujer tan digna de ser querida... Yo no conozco á su madre de usted ni... vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atención.

DOÑA FRANCISCA.

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

DON CÁRLOS.

No importa.

DOÑA FRANCISCA.

Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos á Madrid.

DON CÁRLOS.

¿Cuál?... No. Eso no.

DOÑA FRANCISCA.

Los dos están de acuerdo, y dicen...

DON CÁRLOS.

Bien... Dirán... Pero no puede ser.

DOÑA FRANCISCA.

Mi madre no me habla continuamente de otra materia. Me amenaza, me ha llenado de temor... Él insta por su parte, me ofrece tantas cosas, me...

DON CÁRLOS.

Y usted ¿qué esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

DOÑA FRANCISCA.

¡Ingrato! ¿Pues no sabe usted que... ¡Ingrato!

DON CÁRLOS.

Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

DOÑA FRANCISCA.

Y el último.

DON CÁRLOS.

Y antes perderé la vida, que renunciar al lugar que tengo en ese corazón... Todo él es mío... ¿Digo bien? (Asiéndola de las manos.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Pues de quién ha de ser?

DON CÁRLOS.

¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me ani-